

7-11
años

serie
Amarilla

COLECCIÓN
Caminos del SUR

Hugo Colmenares
Ilustrado por Néstor Melani

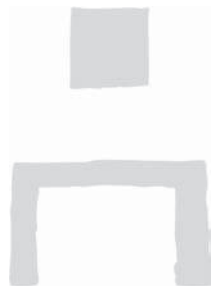
Siete largas noches en tren

Memoria de un grupo de ratones
y de la gata Zarina



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
elperroylarana





© HUGO COLMENARES

© DE LA ILUSTRACIÓN: NÉSTOR MELANI

© 1.ª EDICIÓN FUNDACIÓN EDITORIAL EL PERRO Y LA RANA, 2017 (DIGITAL)

CENTRO SIMÓN BOLÍVAR, TORRE NORTE, PISO 21, EL SILENCIO,

CARACAS - VENEZUELA, 1010.

TELÉFONOS: (0212) 768.8300 / 768.8399

CORREOS ELECTRÓNICOS: atencional escritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

PÁGINAS WEB: www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

REDES SOCIALES: FACEBOOK: EDITORIAL PERRO RANA

TWITTER: @PERROYRANALIBRO

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: MÓNICA PISCITELLI

INTERVENCIÓN Y MONTAJE DE LAS IMÁGENES DE NÉSTOR MELANI: RAYLÚ RANGEL

EDICIÓN AL CUIDADO DE: ALEJANDRO MORENO

CORRECCIÓN: YBORY BERMÚDEZ

DIAGRAMACIÓN: MÓNICA PISCITELLI Y RAYLÚ RANGEL

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL DC2017001558

ISBN: 978-980-14-3279-1

Hugo Colmenares

Siete largas noches en tren

Memoria de un grupo de ratones y de la gata Zarina

Novela fantástica

Ilustrado por Néstor Melani

PRESENTACIÓN

HAY UN UNIVERSO MARAVILLOSO DONDE REINAN EL IMAGINARIO, LA LUZ, EL BRILLO DE LA SORPRESA Y LA SONRISA ESPLÉNDIDA. TODOS VENIMOS DE ESE TERRITORIO SIN LÍMITES.

EN ÉL LA LECHE ES UNA TINTA ENCANTADA QUE NOS PINTA BIGOTES COMO NUBES LÍQUIDAS; ALLÍ ESTUVIMOS SEGUROS DE QUE LA LUNA ES EL PLANETA DE LOS RATONES QUE JUEGAN A COMERSE MONTAÑAS, DESCUBRIMOS QUE UNA MANCHA EN EL MANTEL DE PRONTO SE CONVERTÍA EN CORCEL Y QUE ESCONDER LOS VEGETALES DE LAS COMIDAS RARAS DE MAMÁ, DETRÁS DE CUALQUIER ARMARIO, ERA LA BATALLA MÁS RIESGOSA Y LLENA DE PELIGROS.

ESTA COLECCIÓN MIRA EN LOS OJOS DEL NIÑO EL BRINCO DE LA PALABRA, ATRAPA LA IMAGEN DEL SUEÑO PARA HACER DE ELLA CARAMELOS. NOS INVITA A VIAJAR LIVIANOS DE CARGA EN BUSCA DE LOS CAMINOS QUE NO AVANZAN A LA REALIDAD, SINO QUE NOS ACERCAN A LÍNEAS MÁGICAS, AL SUR DE NUESTRO SER.

LA SERIE VERDE DETIENE EL BRILLO DE SUS TEXTOS EN LOS MÁS PEQUEÑOS. SE ENFOCA DE LLENO EN ESA ETAPA DE RECONOCIMIENTO, DONDE NACEN LAS IDEAS CON ESPONTÁNEA TERNURA.

ESA EDAD QUE VA DESDE EL NACIMIENTO HASTA LOS 6 AÑOS.

LA SERIE AMARILLA REGALA SU INTENSIDAD A LOS QUE EMPIEZAN A CREARSE SUS PROPIAS EXPERIENCIAS, A LOS QUE PREGUNTAN Y DUDAN DE LAS RESPUESTAS. BRINDA EL CANTO DE LA

PALABRA CREATIVA A ESE SALTO ENTRE LOS 7 Y 11 AÑOS.

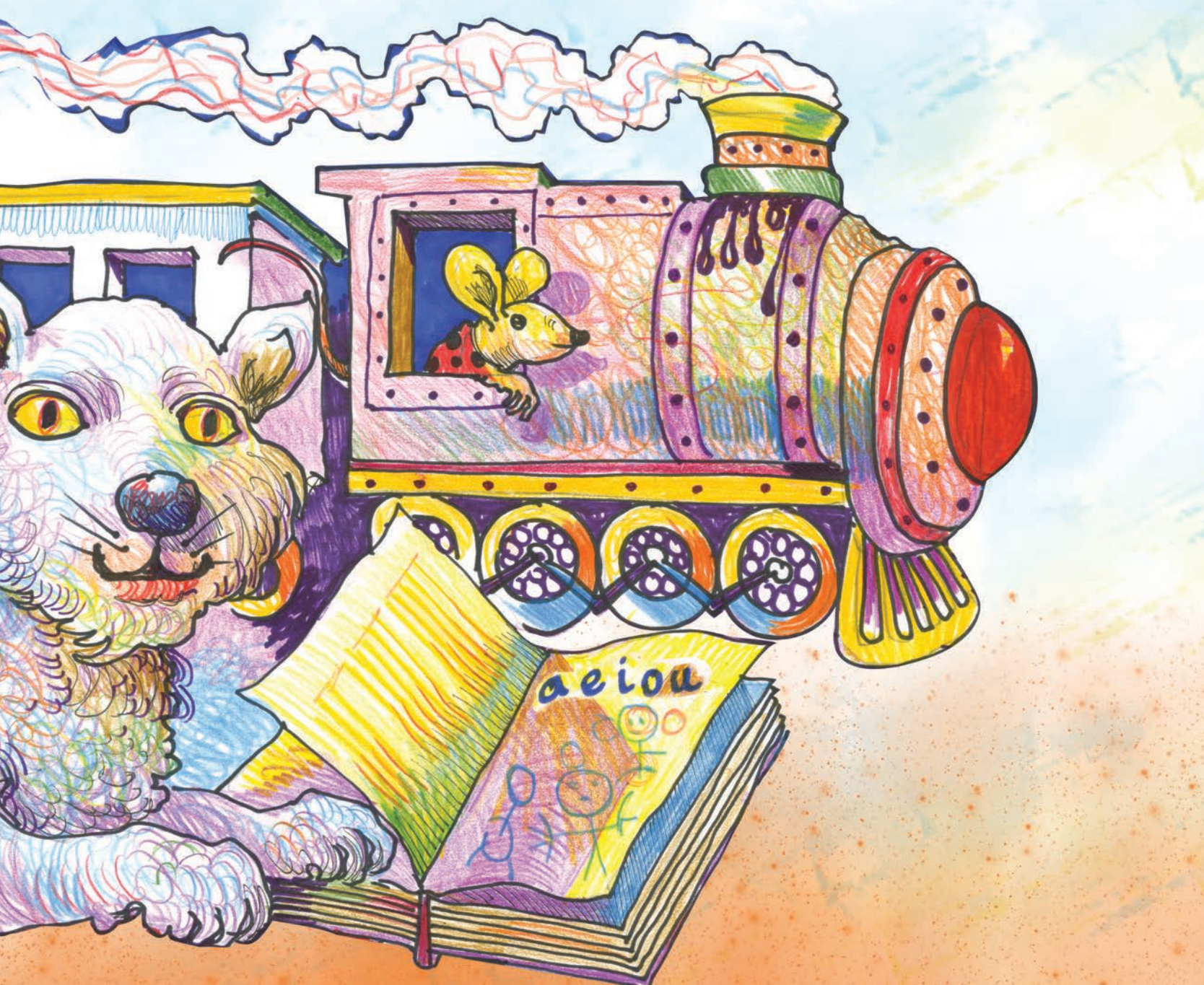
Y LA SERIE NARANJA APUNTA A QUIENES SE ACERCAN AL UMBRAL DE SALIDA PARA DE UN MOMENTO A OTRO DECLARARSE GRANDES, A LOS JÓVENES DE 12 AÑOS EN ADELANTE QUE NAVEGAN EN MARES REVUELTOS Y QUE NECESITAN LA LITERATURA PARA SEGUIR VOLANDO.



A Eduvina y a María Antonia Urbina Ramírez.

A Mercedes y a Carlos.

Mi eterno agradecimiento.



Galletas y un cielo

MONTAMOS las pertenencias sobre el carruaje de la gata Zarina.


Así se hizo rápido el viaje hasta la estación del tren.

Todos íbamos como personajes que desfilan en la pista del circo,
y llamábamos la atención. Nos aplaudían y despejaban el camino.

Gatos y ratones iniciaban el maravilloso sendero,
en busca de una fábrica de galletas y un cielo
para mirar las estrellas con telescopios.



NMO



Un viaje de gatos y ratones para ser más humanos

Siempre se trata de la esencia humana, siempre. Nada en la literatura le es ajeno a esa escurridiza y frágil burbuja que es la esencia humana. Una ventisca, una gota de té, un pan recién horneado, una hormiga silenciosa avanzando en una noche sin luna. Todo es humano. Todo se trata de lo humano, según dicen. Y son precisamente estas siete largas noches en tren un compendio de humanidad. Una veta de lo que nos es más cercano, un vaho cálido en la atmósfera del mundo.

Esta novela de Hugo Colmenares nos muestra, una vez más, los caminos, los días, los apetitos y la locura que llamamos vida. Sin duda, esta escritura tiene mucho de la bondad antigua de su autor. Se halla en esta prosa tibia el trato dulce y discreto de la gente andina, de los que vienen de la Grita en el Táchira, Venezuela.

Mal haría, por supuesto, si sugiriera echonamente en qué forma leer estas páginas. Sin embargo me atrevo, con mi locura de lector desbocado, a decirles que lean esta obra con una buena dosis de chocolate como acompañante. Que la lean, sintiendo los olores melosos de una fábrica de galletas. *Siete largas noches en tren* deleita con su historia, pero también deleita con su galería de personajes, y con su puesta en escena lúdica y como de tranquilidad provinciana. Una mamá, una tía, hijos, sobrinos, ratones, gatas y gatos suben y bajan, maravillados, de su propio tren.

Necesariamente debo decir, como editor y como lector pero, sobre todo, como ser que también deambula por este mundo de micifuses y valientes buscadores de caramelos, que hay que darle las gracias a Hugo por atreverse a recorrer, con su imaginación y con su prosa lúdica, los mapas tiernos de la vida, por atreverse a contar como quien cuenta una vieja historia de gatos y ratones. Gatos y ratones que somos nosotros mismos montados en la bámbola de la vida.

Alejandro Moreno





Capítulo 1

A qué ha venido tía Agustina

ANOCHÉ regresó mi tía Agustina muy nerviosa, como si el mundo se fuera a caer del árbol donde guindan manzanas maduras. Ella no tuvo tiempo de prestarnos atención. ¿Se le olvidaron los confites que acostumbra traernos? ¡Pasó veloz como un rayo a buscar a mi mamá Margarita! Ambas se encerraron a conversar y parecían comadres que tienen muchas primaveras sin verse. ¿Qué le sucedería a mi tía la ratona Agustina? Pues no lo sabemos.



¿Sería que alguna señora de la vecindad la perseguía con una escoba? Vaya uno a saber esos detalles entre escobas y vecinas.

Nos asomamos a la parte de afuera de la madriguera, para ver las huellas que dejó al entrar. Sentimos mucha curiosidad. Estábamos dispuestos a recorrer un buen trecho del camino que ella hizo hasta donde estábamos nosotros, y descubrir algún peligro, alguna señal o lo que fuera.

No había trazos de sus patas, por ninguna parte. ¿Sería que vino de pared en pared y luego dio un salto para caer por aquí? No tenemos el poder de la adivinación, pero algo parecido pudo suceder. Llegamos a pensar que tía Agustina vino montada sobre las alas de un murciélago.

—¿Qué hacen escondidos allí, entre esos periódicos viejos? —nos dijo molesta mi mamá ratona Margarita.

—Tenemos hambre —respondió mi hermano el ratón Gord Bocadillo.

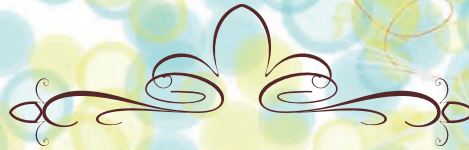
—Delante de estos ratoncitos no se puede hablar nada... —dijo muy desagradada tía Agustina, quien no había tenido tiempo de quitarse sus largos tacones y el sombrero con cintillos y flores.

Mamá Margarita salió de la madriguera y nos llevó al techo de una casa vecina, donde hay olor a leche condensada. Solo olores que ponen a cualquiera a tragar saliva y a soñar empalagos.

En ese lugar hay tantas ventanas, hierros atravesados, que es imposible llegar a las bateas, donde quedan los residuos de esos manjares perdidos, porque luego les echan poderosos chorros de agua hervida y jabón.







Capítulo 2

Agustina se fue montada en una escoba



QUE SEPAMOS, nuestra tía Agustina no es bruja, nunca estuvo en esos rigurosos y agotadores entrenamientos para aprender a montarse sobre una escoba. Vean lo que hemos visto..., la hemos visto salir precipitada como el corcho de una botella con esencias espumantes y ¡zuuuuaasssssss!..., allá va, sin dejar rastros en el cielo. Gord Bocadillo y yo nos fuimos de inmediato a buscar a mamá Margarita, para saber el motivo de la visita de la tía.

—No digas nada, Flac Cuevas..., ni se te ocurra preguntar sobre esa visita tan rápida y extraña de tía Agustina —dijo Gord Bocadoillo.

—¿Por qué no podemos preguntar?

—No podemos ser tan curiosos —respondió Gord Bocadoillo—. Flac Cuevas..., en la madriguera de las siete vidas hay poca comida..., hoy te corresponde a ti salir a buscar algo para llenar las tripas...

—Está por llover, esas nubes están más pesadas que una ballena con pesadillas... y tengo la sospecha de que la gata Zarina anda con hambre y nos volverá a esperar en el tejado.

Flac Cuevas sabía de sus tareas, pero más podía en él, como en su hermano Gord Bocadoillo, la curiosidad por conocer qué secretos trajo Agustina para Margarita.

Gord Bocadoillo y Flac Cuevas entraron a la guarida, y cuál sería la sorpresa al ver a Margarita preparando una maleta porque tal vez “nos iremos en unos dos días de este escondrijo...”.

Flac Cuevas se puso triste al saber que todos se iban de la ratonera donde él nació, y donde aprendió a conocer la ubicación de las estrellas, los caminos para ir a las panaderías y a la fábrica de quesos de año.

Gord Bocadillo se hizo el distraído porque esperaba averiguar, mediante preguntas que obligaran a dar una respuesta, lo que a ellos les había causado sorpresiva curiosidad.

En efecto, los truenos se escucharon como bramidos de tigres feroces... el eco repetía esos sonidos que vienen de algún lugar cercano de las nubes oscuras y pesadas.

Gord Bocadillo y Flac Cuevas se asomaron para ver hacia la vecindad.

—¡Peligro! —dijo Flac Cuevas.

—¡Uhhhhhhhhhh, la gata Zarina está afuera! —manifestó Gord Bocadillo con miedo.

Flac Cuevas dijo, en voz baja, que ojalá no se le ocurriera regresar a su tía Agustina, porque Zarina no le iba a perdonar la vida.

Margarita estaba distraída y no supo de estruendos celestiales, tampoco se enteró de que la gata Zarina rondaba la boca del escondrijo.

Flac Cuevas se fue hasta donde estaba la mamá ratona y le preguntó acerca de qué cosas buenas vino a comentar la tía Agustina.

Margarita era la ratona más feliz que en cualquier otra ratonera de la Tierra, y de todos los planetas, hubiese existido.

—Mamá..., te lo juro..., si hay un secreto lo guardaré... —aseguró Flac Cuevas.

Zarina maullaba y olfateaba hacia la madriguera. Margarita no se preocupaba por nada, porque sabía que por allí no iba a entrar nunca la gatuna ojos verdes con relámpagos en la mirada. Quién sabe con qué maléficas intenciones merodeaba la gata Zarina por aquellos lados.

Gord Bocadillo dejó escapar una ventosidad a cierta distancia, para que el olfato de la gata Zarina recibiera lo suyo y se fuera a otro lugar.

La gata Zarina, ante ese efecto de pocos amigos, tuvo que estornudar. Pasó su lengua por la nariz para limpiarse, y volvió a estornudar como cien veces, hasta que se fue con apetencia de pernil de ratones y, además, ofendida por lo que hizo el atrevido ratón Gord Bocadillo.

Gord Bocadillo se acercó a su mamá Margarita y le preguntó sobre cuánto costaba una escoba de bruja ratona, como la de su tía Agustina.

—No pude ver la escoba, porque estaba muy entretenida en la conversación con tu tía —dijo muy comprensiva Margarita a Gord Bocadillo.

Lo cierto de todo es que en los próximos días llegarán, a esta madriguera, varias escobas de brujas, porque Agustina ha descubierto un lugar maravilloso para irse a vivir muy felices en familia.



NMO:.





Capítulo 3

El diario de Margarita

TÍA AGUSTINA ha descubierto lo más maravilloso de la vida, el lugar más privilegiado, que vale muchísimo más que las minas de oro del Rey Salomón. Ya lo sabemos todo, con lujo de detalles. Es que mi mamá ratona Margarita lo escribió en su diario, y teníamos que saber el motivo de la visita tan animada y en secreto de la propia ratona Agustina, quien desde hace un tiempo para acá se comporta como si fuera la celebrada Reina del Arroz con Pollo.

—Han estado leyendo mi diario, que es muy personal —dijo en tono de malestar mi madre, y saltamos por detrás de unos terrones de cemento convertidos en torres imaginarias, para que no nos alcanzara a mirar más.

—Fui yo, mamá —dijo el ratón Gord Bocado.

—Gord Bocado, ¿tenemos el compromiso de respetar nuestro espacio y nuestra intimidad? —preguntó a manera de regaño Margarita a Gord Bocado.

Me quedé congelado, como un trozo de hielo. No supe qué decir.

—Quiero saber a qué ha venido tía Agustina —pregunté, como si santa Mafalda me hubiese iluminado desde algún lugar perfecto del cielo.

—Flac Cuevas..., ¡oye, Flac Cuevas!..., eres muy chiquitín para que le hables con ese tono a tu mamá Margarita... —me respondió como si ya estuviera harta de nuestras imprudencias, y sentí que ella ocultaba algo más, para no revelarnos nunca sus secretos con tía Agustina.

Casi sorprendentemente, la ratona Margarita salió fugaz de la madriguera.

—¿Está más enfadada que nunca? —le pregunté a mi hermano Gord Bocado.

—No lo sé, hermanito Flac Cuevas.

—Creo que debimos habernos interpuesto y no haberla dejado ir con esa cabeza llena de burros tremendos, que a ella la ponen de mal humor —le comenté a Gord Bocado y él, de lo nervioso que está, bate su cola contra techo y paredes.

Gord Bocado luego se calmó y me dijo en voz baja:

—Tengo miedo, creo que me voy a hacer caca y pipí sobre estos pantalones fiesteros...

—Mamá nunca nos dejaría por una curiosidad nuestra —dije para que no perdiera la fe.

Gord Bocadoillo estaba en crisis.

—Ahora sé lo que es el miedo, y más por culpa de esa tempestad, y nosotros aquí solitos.

Gord Bocadoillo y Flac Cuevas se asomaron y no había rastros de que la mamá ratona anduviera buscando quesos.

—La culpa es nuestra...

—Flac Cuevas..., no nos pongamos a llevar culpas..., vendrá la calma —me aseguró Gord Bocadoillo con cara de arrepentido.

El libro donde lleva su diario mamá Margarita quedó sobre la mesa. No nos atrevemos a abrirlo por entremetimiento, y mucho menos por curiosidad. Aunque se nos caigan los bigotes hasta las sombras con tanta averiguación por saber qué dicen esas letras tan íntimas.





Capítulo 4

Flac Cuevas y Gord Bocadillo tienen miedo

LO INDUDABLE es que la ratona Margarita se hizo camino por entre esas vigas centenarias, labradas con figuras mitológicas. Anduvo por entre esas puertas y por los muy bien delineados techos, que tienen chimeneas al estilo del buque de María Dolores Montoya. Creo que los truenos no estaban de parte de Margarita. Porque el infinito, lleno de nubarrones, se convirtió en un desastre entre aguaceros y rayos, que asustan a los caballos, a los elefantes y a las mariposas, que vienen a buscar refugio

debajo de la techumbre de estas antiguas casas, ubicadas en línea al otro lado de nuestra modesta querencia.

—¿Por qué se han formado estos embrollos? —pregunté casi de sollozos a mi hermano Gord Bocadillo.

Gord Bocadillo se volteó en el sofá donde estaba igualmente pensativo y me dijo:

—Flac Cuevas..., ahora yo también tengo miedo... —respondió a punto de ponerse a gritar el nombre de mi mamá, para que todo el mundo se enterara de que estábamos solos.

—Yo también estoy asustado... —confesó Flac Cuevas y agregó: Mamá debe tener una cita muy importante porque, ahora que recuerdo, ella salió con un paraguas y la varita mágica...

—Es cierto, y se peinó con mucha elegancia... —agregó Gord Bocadillo, mientras Flac Cuevas casi lo interrumpía al pensar, entonces, que las cosas no siempre deben pensarse como situaciones pésimas.

—Algo debe estar pensando nuestra madre a favor nuestro... —le dije a mi hermano Gord Bocadillo para darle ánimo, en caso de que estuviera más descorazonado que yo.

La cueva sin Margarita, la verdad, no tiene encantos. Flac Cuevas y Gord Bocadillo continuaban en su conversación para darse ánimo.

—Puedo pensar que Margarita ha ido a encontrarse con mi tía Agustina —expresó Gord Bocadillo con entusiasmo, y esto me dio mucha fortaleza para seguir a la espera de mi mamá.

Ambos tuvieron desconfianza de salir de la cueva, en varios intentos, por temor a encontrarse nuevamente con la gata Zarina y ser tragados por ella. Margarita no regresó durante la tarde, ni la noche. Ahora sí es verdad que la ansiedad por el pronto regreso de mamá Margarita se convirtió en permanente angustia. El mundo que cuelga en un árbol como manzanas maduras tiende a ser más oscuro, solitario y desatendido.

Desde este lugar nuestro, y de tan pocas comodidades, miramos las casas vecinas, con los vidrios de las ventanas empañados por el frío. Casas que nos hacen imaginar, porque las paredes y puertas de madera tienen el color y la forma de galletas gigantes. Por allí no se ven ni siquiera los bigotes de algún gato muerto de hambre, porque bastante miedo que les tienen a las gotas de lluvia. El “miau miau” por nada, y con cualquier ventarrón se les resfría el rabo.

Ya no se escucha ni una voz. No percibimos ni siquiera el ruido de las hojas secas de los árboles, que arrastran con sus capuchas los fantasmas cuando van a pasear con sus búhos y a leer periódicos en las plazas después de la medianoche.

—Cuando regrese mamá, ¿qué haremos para agradarla de nuevo? —pregunté a Gord Bocado, quien se asomaba por un agujero como si quisiera adivinar un más allá, quién sabe en qué lugar de las estrellas.

Esto me puso tembloroso... ¿Por qué mi hermano Gord Bocado ahora mira a las estrellas, si antes estaba atento a los techos y puertas de las casonas? Esto me asusta demasiado... Y no se lo voy a decir, para no complicarnos más. La verdad es que mamá, creo yo, se fue llorando por nuestras imprudencias... No sé si con sus copiosas lágrimas, sus ojos hermosamente grises claros, habrán perdido su más hermoso color.

—Tranquilo, Flac Cuevas..., tranquilo..., ella nos sabe comprender... Mamá no se fue llorando ni disgustada con nosotros..., debe tener un plan urgente, al cual debe responder sin dar más explicación por sus secretos.

Los ratones recordaban que su tía Agustina había descubierto el lugar más maravilloso de la Tierra, con más fortuna que las minas de oro del Rey Salomón. Y era posible que Margarita anduviera viendo esa maravilla que imaginamos, para luego irnos a vivir allá, como dueños y señores de todos los poderes de la existencia.

La verdad es que allí, en ese cuaderno manuscrito, no había más señales reveladoras que impulsaran a una mamá ratona para atreverse a ir, a todo riesgo, a buscar una mina de quesos o granos de arroz, y soñados ríos de leche de vaca. Tomamos unas servilletas blancas y dibujamos barcos y trenes, con los que imaginábamos que nos iríamos de viaje, para dejar para siempre nuestra madriguera.

Han pasado tres días y mamá Margarita no ha dado señales de que regresará. A la gata Zarina no la volvimos a ver de ronda con sus muy malas intenciones. ¡Cómo es ella de mal intencionada contra nosotros, los hijos de Margarita! Y si vuelve a meter sus narices en nuestra cueva, pues, le vamos a obsequiar algunos gases, para que huya con su nariz invadida por malos olores, por nuestros quesos recomidos con pimienta y mostaza.






Capítulo 5

El encantamiento de Grass y Margarita

GRASS FUE mi padre, un ratón valiente, cariñoso, y al que mi madre Margarita siempre recuerda, porque él nunca tenía miedo de ir a las mejores tiendas de queso manchego, fábricas de telas de seda, bibliotecas de los sabios y calígrafos chinos, depósitos de papel moneda en Nueva York, y tenía más habilidad que un minero, o un mago galante, para descubrir y dominar grandes tesoros.

Todas esas telas, quesos, libros con historias fantásticas y cereales dorados entre miel y frutas se hallaban solamente para nosotros.



Margarita, Grass, Gord Bocadoillo y yo éramos los ratones más felices. Grass tenía mejor sentido de la provisión de alimentos que los viejos marineros que se hacían a los océanos tiempo antes de haberse inventado las brújulas.

Grass pertenecía a esa legión de padres amorosos, y siempre hacía gala de sus esmeradas tareas para la abundancia.

—¿Dónde se conocieron nuestros padres Grass y Margarita? —preguntó Gord Bocadoillo a Flac Cuevas.

Flac Cuevas se quedó asustado por ese olvido de su hermano Gord Bocadoillo.

—Margarita y Grass se conocieron en la panadería Doña Emilia...

—Es verdad, una noche de Navidad —respondió de inmediato Gord Bocadoillo. Ese día se habían preparado miles de exquisitos panes rellenos con rebanadas de jamón, aceitunas rellenas con pimentón, pasas dulces gallegas y una delicada brisa de vino entre los pliegues y luego, ese envuelto iba al horno panadero sostenido con fuego de leña seca.

Ellos, Grass y Margarita, andaban detrás de la mitad de un pan relleno de esos.

De pronto sus bigotes largos se tocaron, y un relámpago amoroso cruzó desde sus hocicos el espinazo arqueado, hasta la punta del metro y medio de rabo que botó chispas de candela, por ese momento de felicidad.

Fue como un acto de encantamiento.

No podían comprender lo que les sucedía, porque el amor, que los atrapó para siempre, parece que pone medio atolondrados a los ratones.

En ese momento, el panadero Leonidas encendió luces y los vio allí, mimados, mirando el uno en la mirada del otro. Como dos gotas de rocío y oro que caen del cielo.

Leonidas se sentó a un lado de ellos, que solo estaban pendientes de sus miradas, en cálido e inolvidable momento.

Él los agarró en sus manos y los llevó de inmediato a su cuarto, para que pasaran su primera noche de luna de miel en un cajón de zapatos.

Leonidas le dio cuerda a la caja musical, para que Margarita y Grass fueran eternamente felices, aunque no se comieran su pan de jamón con aceitunas y tocineta rebosada.



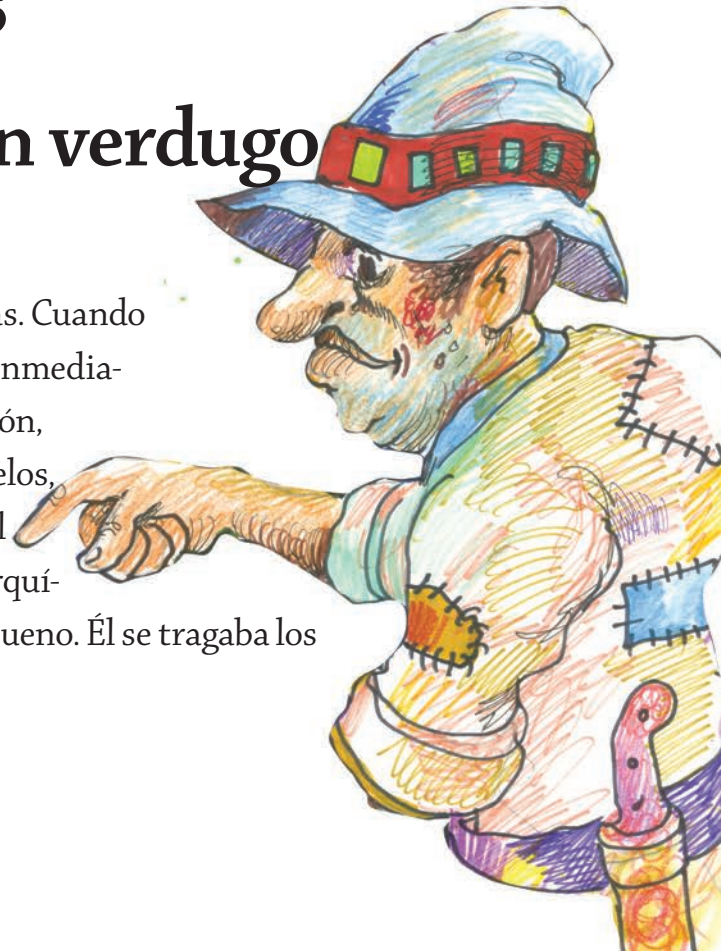




Capítulo 6

Emilia da órdenes a un verdugo

EMILIA no fue informada del gesto de Leonidas. Cuando ella descubrió a los ratones, ordenó que los llevaran inmediatamente a las máquinas rebanadoras de queso y jamón, para convertir a los roedores en migajas y así echárselos, con su sangre escurrida, a los cincuenta mil gatos del manco Silvestre Vivas, el jardinero y cultivador de orquídeas, quien asustaba al más valiente con su voz de trueno. Él se tragaba los dinosaurios con un sorbo largo de vinagre.



Grass y Margarita mordieron al verdugo Silvestre Vivas, por lo que pudieron escapar y, como conocían el camino, pasaron por encima de las sobras de pan con jamón, entre barriles repletos de aceitunas y pimentones.

Leonidas le contó a Emilia que tenía dos ratones hermosos, de esos que aparecen en películas, y que los iba a cuidar como a sus mejores amigos.

—Los ratones escaparon, cuando ordené que les quitaran sus vidas en la rebanadora de quesos —dijo alarmada Doña Emilia, la dueña de la panadería.

Leonidas escuchó con embebecimiento la historia del hombre mordido.

Al final de esta explicación, Leonidas llenó su vidorra de aire, como un globo. Quería expresar su felicidad, al saber que los ratones pudieron ingeniárselas para recobrar la libertad y salvar sus pellejos, de manos del cascarrabias Silvestre Vivas.

Mientras los panaderos Leonidas y Emilia conversaban sobre la buena ventura de los ratones Margarita y Grass, allá, en aquella madriguera donde están los pequeños ratones, la historia también tenía sus puntos amargos.

—Todo esto son recuerdos imborrables —recordó Flac Cuevas a su hermano Gord Bocadillo.

—Ya lo sé, mi querido Flac Cuevas.



—Tengo la sospecha de que mi madre Margarita no regresará más nunca, y no sé si habrá tenido igual suerte que nuestro recordado Grass.

Ambos buscaron viejos muebles de fieltro, muy decorados con botones de oro, y distantes se acostaron a contar nubes, a contar ovejas, a contar cucarachas, a contar palomitas de maíz, mientras llegaba la ratona Margarita. “Grass murió hace tiempo lejano, cuando una anciana gigante y pánfila bajaba de su cama. Grass se estaba comiendo los zapatos de la mujer. Eso es lo único que nos han contado...” —recuerdan Flac Cuevas y Gord Bocadillo.

—Margarita lleva cinco días sin aparecer... —comenta Gord Bocadillo.

Silvestre Vivas, cuando regresó del hospital, le pudo asegurar a la panadera Doña Emilia que esos ratones eran de algún país donde aún creen en la fantasía, porque irradiaban un semblante de encanto.

—Yo no los iba a pasar por la rebanadora de carne, me los quería llevar a mi casa porque esos ratones son modositos —dijo el manco Silvestre Vivas.

Emilia no sabía ahora si había soñado con los ratones.

—Leonidas parece que anoche se transformó en un niño y contó historias maravillosas, creadas por él, sobre los ratones que se amaban en una caja de zapatos —agregó doña Emilia.

El manco Silvestre Vivas se quedó alelado ante su amiga Emilia, y le hizo preguntas para saber si Leonidas tenía en su poder —y escondidos— a los ratones.

En sus delirios, Leonidas buscaba los rabos largos, entre escaparates, debajo de las camas, zapateras y las cajas de las monedas.

—¿Los encontró de nuevo? —preguntó el manco Silvestre Vivas.

—No, y creo que no volverán más nunca a la panadería.

De toda esta historia, la verdad sea dicha, van ocho días hoy. Desde el lunes, mamá Margarita salió de la madriguera, con un paraguas y una varita mágica a un lugar que no sabemos aún dónde está.

Flac Cuevas y Gord Bocadillo no duermen de noche.

Las estrellas no dan señales.

Anoche ya volvían sobre los tejados algunos gatos de la vecindad, y la situación parece que se complicará al paso de los días.

Escuchamos decir que la gata Zarina “tiene siete gatitos y está muy feliz...”.

Esto de la crianza de mininos es una amenaza para Gord Bocadillo y para mí. Porque ella andará soñando con ratones muy regordetes, o algunos flacuchentos como nosotros, para darle de comer a sus crías.





Capítulo 7

Después de la medianoche

ENCIMA de la mesa del comedor, y bajo una luz de bombilla débil, quedaron abiertas las páginas secretas que escribe, a manera de diario, la ratona Margarita. Desde el día en que ella salió de la madriguera, con dirección desconocida, ese libro no ha sido tocado. Ni siquiera visto de reojo por Gord Bocadillo y Flac Cuevas, porque ellos comprendieron que esas ideas manuscritas, íntimas, de su madre, se respetan como un libro sagrado.

La gata Zarina no ha vuelto a meter sus bigotes y nariz en esta cueva, ahora con tanta soledad. El viento mece ramas de árboles y los vidrios de las ventanas muestran cortinas blancas, lazos azules y flores sobre cestas. ¿En qué lugar de la comarca está,

o quedó estrujada para siempre, la ratona madre de Flac Cuevas y Gord Bocadillo? ¿Sería que la gata Zarina la pescó en un descuido y la devoró, como cuando ella se come buenas rebanadas de pernil de murciélago?

Todo es posible y, en verdad, los ratones no podrían imaginar que su madre haya sido el bocado ansioso de una gata tan antipática y de pocas amistades como la chismosa Zarina, que todo lo quiere saber.

Después de la medianoche, cuando Gord Bocadillo y Flac Cuevas están durmiendo sobre el sofá y fantasean deliciosas mesas con cerdos horneados y ojos bañados con néctar de cerezas, los visita un personaje que parece haber venido de una sala de estudios cinematográficos.

Gord Bocadillo y Flac Cuevas se imaginan ser los protagonistas en acrobacias, por peligrosos cables que caen al lado de las puertas. Sueñan con viajes en parapentes y peligrosas persecuciones contra ellos, llevadas a cabo por gatos malas pulgas.

Por ese ambiente de duermevelas, y en la madriguera, lo único real que sucede es que se pasea un viejísimo ratón, que tiene la estampa de haber permanecido casi toda su vida en la Biblioteca de Estudios Astronómicos de Babilonia, en la edad antigua y en su primera existencia terrenal.



Es el viejo ratón Marcial San Juan, un erudito de muchos conocimientos, entre ellos los referidos a la poesía, entre estrellas azulinas fugaces y cometas que dejan una gran estela color caramelo. Sabe él de relámpagos que nacen entre las hojas de los naranjales. Precisa las edades de los elementos, mediante almanaques egipcios antiguos. Domina la ciencia de la joyería como los expertos José, Eustoquio, Antonio y Aurelio Ríos. Es él, Marcial San Juan, quien tiene relojes de arena encontrados en algunos desiertos. Aparatos que no han sido dibujados aún en los mapas de las escuelas, por temor a que se pierdan los poderes del encantamiento.

Margarita permanece ausente de la madriguera. Flac Cuevas y Gord Bocadillo se quedan profundos en el sueño, como rinocerontes perezosos inamovibles. Y es cuando surge esta pregunta: ¿A qué viene, precisamente a esta ratonera, la estampa graciosa del ratón Marcial San Juan? El muy esponjoso viene para subirse a la mesa donde están escritas las memorias de Margarita. Y él se dedica a leer el diario personal, que son páginas secretas.

Ciertamente, y a buena honra, Margarita fue alumna del gran maestro Marcial San Juan en el arte de invadir costales de arroz.

¿El ratón Marcial San Juan está abusando de la confianza y ausencia de la ratona Margarita? ¿Por qué, y desde cuándo, tiene autorización para releer a medianoche esas páginas? ¿Sabe el ratón Marcial San Juan que esas hojas han sido prohibidas a la curiosidad de Flac Cuevas y Gord Bocadillo?

Es posible que antes de seguir tengamos una explicación sobre el manuscrito de Margarita. En verdad, ella no quiere que sus hijos Flac Cuevas y Gord Bocadillo lean sus confesiones ante el papel, por el temor de que sus “queridos ratoncitos vayan a otras ratoneras a contar secretos”, la vida íntima y recuerdos amorosos de la misma Margarita, Grass y su familia.

Pero, ¿qué pueden revelar de manera imprudente Flac Cuevas y Gord Bocadillo en esos tejados, o en medio de cuartuchos, donde solo se pueden encontrar papeles antiguos, muebles viejos, sin ningún valor artístico y utilitario?

De seguro, Margarita lo que no quiere que se sepa es la “razón y el motivo” de la visita de su hermana Agustina, el día en el que ella se fue montada en un palo de escoba y no dejó rastros luminosos en el cielo.





Capítulo 8

Las páginas secretas de Margarita

MARCIAL San Juan disfruta, como el más consagrado erudito, de los manuscritos de Margarita, y toma apuntes sobre papel chino de arroz, hace dibujos de castillos y pinta con acuarela esas imágenes que él reinterpreta de la lectura. Creo que ya han pasado unas tres semanas y Margarita no regresa. El diario de Margarita registra lo siguiente:

Sábado 24 de junio

Hoy regresó mi hermana Agustina, después de varias semanas de larga ausencia. Tan linda como ella es. Hizo el viaje para solamente anunciarme que ha descubierto, al otro lado de

la ciudad, a una señora de nombre Arcadia del Juncal, quien tiene una pequeña fábrica de bizcochos chocolateados, roscas con picadillo de frutas, trenzas con cabello de ángel y toronja perlada y tortas imperiales con crema de avellanas, en donde podemos irnos a vivir, sin temor a ningún peligro...

Flac Cuevas y Gord Bocado no tenían idea de este hallazgo tan portentoso como era el de “ir a vivir a casa de una bruja que sabe hacer rosquillas con crema de nueces, sin que eso signifique un peligro”. Todo esto lo piensa muy en sus adentros el ratón Marcial San Juan, quien sueña en tener la suerte de una invitación para compartir esos manjares.

Tenemos que irnos montadas en escoba de brujas... o, en todo caso, que un grupo de murciélagos de la Brigada Noctámbula nos permitan ir sobre sus costillas, a riesgo de perder el equilibrio y caer de las alturas de una torre de la catedral gótica..., cuando el viento esté en contra nuestra...

Marcial San Juan se ha quedado a vivir en la madriguera. Su camastro está detrás de unos viejos libros de filosofía griega antigua, y aún no ha decidido darle la

cara a sus muy pocos conocidos Flac Cuevas y Gord Bocadillo, quienes podrían pensar que él únicamente está enamorado de Margarita.

Flac Cuevas y Gord Bocadillo han sentido extraños olores provenientes de patas que no se lavan y calzoncillos que no reciben jabón a tiempo; cuando van a comer alguna galleta, prefieren colocarse al lado de la ventana, para que pueda entrar el aire y evitar la utilización de carbones aromatizados hindúes, que tienen la particularidad de espantar a fantasmas que tienen miedo a los baños en duchas, a cuenta de imposibles, como que tal vez puedan aparecer dragones hambrientos.

Miércoles 19 de julio

Mi hermana Agustina me ha dado señales, en cuanto a que si ella no regresa al día siguiente, debo emprender el viaje por la ciudad, montada en trenes, taxis y carruajes del parque infantil, a más tardar en tres días, porque tiene la sospecha de que algunos ratones envidiosos pueden ocupar nuestro lugar...

Le pregunté a Agustina si en la casa de la señora Arcadia del Juncal había un lugar seguro para esconderse y vivir, como esta madriguera..., y me dijo que no era necesario apegarse a la ratonera..., porque la repostera nos adoptaría y eso no lo sabría más nadie entre la vecindad y sus clientes. A cambio, para colmarnos de grandes atenciones, como si fuéramos de la

nobleza, por las noches, con nuestra hambre voraz, deberemos limpiar los moldes de tortas, las bandejas de las rosquillas y las cubetas donde preparan merengues con almendras perladas...

Me contó que esa responsabilidad la tenían, al comienzo, las hormigas. Pero ellas, las hormigas, tenían el mal hábito de irse, en mucha confianza, del brazo y los hombros de los clientes... Las cucarachas también cumplían con el trabajo, además con mucho decoro, pero quebrantaban las normas por su muy poca dominada curiosidad ya que, ante la visita de clientes y vecinas, salían de los estantes a escuchar conversaciones y a andar, de mucha zamba y castañuelas, sobre las bandejas..., así que nosotras, las ratonas, con tal de vivir bien, comer a cuerpo de reyes, nos iremos dentro de pocos días a casa de doña Arcadia del Juncal...

—¿Y cómo podremos vivir las familias de ratones trabajando y encerrados como chinos indocumentados? —le pregunté a mi hermanita Agustina—, y ella me dijo que era necesario hacer un curso intensivo para aprender a volar sobre las estrellas, como las brujas. Es decir, ir a zapatear a otro lugar, donde nadie nos relacione con las tortas de Arcadia del Juncal... Dormiremos en otro lugar, lejos de la repostería...



Miércoles 26 Julio

Han pasado varios días, Agustina no ha vuelto ni ha dado señales. Debo irme a buscarla, no importa que ese sueño de la pequeña fábrica de tortas no se haga realidad. Solo me interesa encontrar a Agustina. Estoy tan nerviosa que voy a dejar alimentos, cobijas y algunos confites para Flac Cuevas y Gord Bocadillo, quienes ya están entrenados para defenderse en la vida..., regresaré pronto...

Marcial San Juan, después de la medianoche, sube a la mesa, se ubica debajo de la bombilla, que en altas horas de la anochecida pierde esplendor, y se vuelve a saborear en sus fantasías, como si él fuera el único pastelero del rey, mientras espera un regreso triunfal de su admirada alumna Margarita. Un mes más tarde, Agustina ya había aprendido a montar sobre una escoba y regresó a la madriguera de su hermana Margarita, para también llevarse a sus hijos, Flac Cuevas y Gord Bocadillo, a la lejana repostería prometida.

La sorpresa fue que la primera maleta, a la salida de la madriguera, era la del muy abuelo y simpático galán de otoño, Marcial San Juan, para quien también hubo una grata invitación. Zarina, que de tonta nunca tuvo un instante, siempre esperó con

mucha paciencia a los ratones Gord Bocadillo y Flac Cuevas, por aquello de esas ventosidades que le soltaban a su nariz para que se fuera a husmear a otra parte.

Marcial San Juan no se conformó con leer las páginas secretas de Margarita en voz alta, después de la medianoche Zarina también lo hizo, ahora estaba muy informada, y en la espera ansiosa de la ratona Margarita y sus hijos. Cuando Margarita y Agustina estaban por partir definitivamente, a su nueva madriguera, apareció, así de sopetón, la gata Zarina... ¡Zuassssssssssssss! ¡Qué susto!..., parecía que todos los planes iban a terminar en la boca pintarrajeada de Zarina...

—Nos fregamos... —dijo Agustina.

—No tengan miedo, que con mi paraguas nos defenderemos —aseguró el viejo ratón Marcial San Juan...

Detrás venía a toda prisa una carroza —donde estaban los gatos bebés de Zarina— y ella suplicó que la dejaran ir al país donde ellas iban. Agustina y Margarita desconfiaban de la cara de yo no fui de la gata. Zarina conocía todos los detalles del nuevo viaje, y fue ella quien condujo su carroza, para seguir a las ratonas sobre las escobas. Desde ese día, y su espléndido amanecer, ratones y gatos viven a sus anchas en los dominios de doña Arcadia del Juncal.





Capítulo 9

Siete largas noches en tren

DESDE la madriguera, donde vivían la ratona Margarita y sus ratones Gord Bocadillo y Flac Cuevas, hasta la casa de la repostera Arcadia del Juncal hay una distancia de siete largas noches en tren. Con razón la tía ratona Agustina tardó más de tres semanas en regresar de su primera exploración, montada en una desgastada escoba de brujas.

Gord Bocadillo y Flac Cuevas consideraban que sería su primer gran y divertido camino de vacaciones. Solo las ratonas Margarita y Agustina sabían que la salida era para vivir eternamente en la fábrica de galletas y hojaldres de doña Arcadia del Juncal.

Recorrer techos, cruzar patios y habitaciones; echar una mirada a los zaguanes, como aquella con la que dibujaba Doris Mayela, en El Cobre de San Bartolomé; pasar sin distraerse en depósitos de cereales... trepar por muebles con libros encantados y llegar antes de la medianoche a la estación de trenes, era una dificultad que se debía cumplir sin flaquear un segundo.

Los preparativos de excursión tenían la emoción del recreo escolar. El ratón Marcial San Juan, pese a su muy avanzada ancianidad, con esa figura de haber surgido de la televisión mágica, con un traje largo rojo y verde de gnomos, ayudaba al arreglo de maletas y se veía genial.

A último minuto, para salir y dejar atrás millones de recuerdos en la madriguera, “tum, tim... miau...”, a boca de cueva estaba la gata Zarina y sus gatitos, a los que acunaba, muy feliz, en un carruaje. Lucía coqueta. Con calzado de tacón alto esperaba impaciente.

El mago ratón Marcial San Juan descubrió esa presencia y dijo:

—De aquí no podemos salir... La gata Zarina tiene hambre y quiere amamantar a sus mininos..., si saltamos, nos devorará a todos...

—Le arrancaré la cola con mis colmillotes para espantarla —dijo el ratón Flac Cuevas.

—Ella te hipnotizará y quedarás bajo sus filosas garras —respondió Gord Bocadillo.

Margarita ordenó colocar paraguas, equipajes, sombreros, telescopios y baúl con los libros, a la puerta de la cueva, para ver qué reacción tendrían Zarina y sus gatitos.

Zarina, conmovida, se asomó a la cueva y le dijo, con voz de actriz melodramática, a la ratona Margarita, que ella también iría de viaje con sus hijos... “Tengo listos biberones para mis gatitos y chicharrones de cerdo para ustedes...”.

Margarita tuvo desconfianza. Aún así, asumió con atrevimiento el riesgo de que la presumida gata se los embuchara en un segundo. La gata Zarina y la ratona Margarita lucían muy elegantes a las puertas de un imaginario castillo, cubierto por rosaledas.

Montamos las pertenencias sobre el carruaje de la gata Zarina. Así se hizo rápido el viaje, hasta la estación del tren. Todos íbamos como personajes que desfilan en la pista del circo y llamábamos la atención. Nos aplaudían y despejaban el camino.

La gente se preguntaba el porqué de esa increíble amistad entre la ratona Margarita y la gata Zarina. Se ocupó el último vagón, para tener más tranquilidad en ese largo viaje que los llevaría a la casa de la repostera doña Arcadia del Juncal. En esos siete días y noches el tren se detuvo solo una vez, por un infortunio.

La primera noche, para sorpresa de Zarina y sus gatitos, el tren entró por un túnel de paredes de cristal, que cruzó bajo aguas verdosas, donde había caballitos de mar, sirenas, castillos con caracoles y tiburones que amenazaban con tragarlos de un bostezo.

La segunda noche se remontaban montañas. Poca visibilidad, espesa neblina. Se veían relámpagos. Dice Margarita que es la hora en la que los dioses de los retumbos, entre las nubes, van sobre burros a otras galaxias, a buscar coliflores y lenguas de vaca rellenas con aceitunas, pimentones maduros y alcaparras.

En la tercera jornada todos iban de sueño profundo, donde aparecían sobre las almohadas pescados con rodajas de cebolla morada y mantequilla. Solo sueños. En la cuarta noche vieron que el tren iba por una llanura. Los murciélagos animaban al maquinista, por cierto, muy parecido al ratón estrella, Marcial San Juan. En la quinta noche..., debieron esperar horas. El tren era reparado. Aprovecharon en Ciudad Avestruz de visitar el Museo de los Pájaros Prehistóricos y de conocer lagartos con cara de pocos amigos.

En la sexta noche..., Zarina y sus gatitos estaban aburridos, solo los entretuvo el paso de un ferry que llevaba dragones amaestrados. Al término de la séptima noche, el maquinista se quedó dormido.

El tren se descarriló. Todo fue caos. Las pertenencias quedaron en el camino. Centellas de dioses bravucones echaron a perder el fantástico viaje.

En tres horas, todo estaba en su sitio. Arcadia del Juncal y la tía ratona Agustina daban el saludo de bienvenida a ratones y gatos en la estación terminal del tren. La banda de los elefantes ejecutaba marchas.

La tía ratona Agustina no estaba enterada de que la antipática gata Zarina ya se había unido a la expedición, y por esto nos regañó. Es que Agustina temía por una traición felina. Días más tarde la morroña Zarina (como no le gustan los endulzados) fundó la Casa de los Telescopios. La ratona Margarita contaba a Agustina el viaje en tren.









Capítulo 10

En casa de don Joaquín Barriga del Trueno

LA HISTORIA de la gata Zarina no se quedó con buenas páginas en la casa de doña Arcadia del Juncal, quien para entonces era muy abuelita, de casi ciento y muy largos años de vida; con un bastón en su mano derecha y de poca vista, algunos días de mal genio no le gustaba que hicieran ruidos, ni siquiera escuchar el aleteo de los pájaros o el roce de las hojas de los árboles.

Las ratonas Margarita y Agustina se acomodaron en la fábrica de bizcochos, donde el trabajo de limpiar moldes y cajones de madera, en los cuales se preparaban la harina, el queso, el azúcar y la levadura, se hacía siempre de noche.

Flac Cuevas y Gord Bocadoillo eran ratones felices, porque descubrieron que justo al lado de los hornos había un agujero largo, donde tal vez hubo una tubería. Los dos se iban de fiesta a casa de un profesor de clavecín, quien se quedaba dormido sobre el teclado y abandonaba las galletas y la infusión de manzanilla.

El maestro clavecinista, violinista y compositor, era don Joaquín Barriga del Trueno, quien había compuesto obras para la televisión, festivales de circo y cine.

Flac Cuevas y Gord Bocadoillo descubrieron que don Joaquín Barriga del Trueno fingía estar dormido; al lado había colocado una jaula de esas donde castigan con encierro a los pájaros y donde, de seguro, esperaba que cayeran en esa engañifa.

—Son muy inteligentes —dijo el pianista a la profesora Nieves Boca de Monte, su mujer.

—Déjelos correr por donde quieran —respondió la dama que se abanicaba y sonreía con nuestros juegos de tecla en tecla, de mueble en mueble, y bailábamos al compás de esas obras que el profesor Joaquín Barriga del Trueno había compuesto.

Las ratonas Margarita y Agustina se hicieron famosas en el ratonario de esta ciudad maravillosa. Engordaron de tanto comer migajas de bizcocho en las noches.

Por esos días vino un ratón que trabajaba en una funeraria, y estaba de ojitos con mi madre Margarita. Qué ratón tan misterioso. Vestía de gris, zapatos largos blancos y un sombrero de bandido, de esas antiguas películas en blanco y negro.

—¿Cómo?, ¿ese ratón cara de muerto de hambre? —me preguntó Gord Bocadillo y me dio rabia que lo hiciera.

Unos días más tarde nos enteramos de que el ratón tenía buenos sentimientos hacia nosotros.

El ratón Apio Huérfano se enteró, en su trabajo de funeraria, de que la abuela Arcadia del Juncal murió anoche mientras limpiábamos las bandejas, y que sus herederos van a tumbar esta esquina de los bizcochuelos, y debemos irnos de aquí lo más pronto posible.

—¿Mamá, ese ratón Apio Huérfano solo ha venido a darnos un susto?

—Van a vender la fábrica y tumbarán esta casona.

—No iremos a vivir debajo de la cama del profesor Joaquín Barriga del Trueno.

—Nuestra felicidad ha terminado.

—No podemos hablar con tristeza.



Esa noche vimos entrar, alumbrado por una vela, al compositor Joaquín Barriga del Trueno y a su mujer Nieves Boca de Monte. Ella traía una caja de cartón y recogía monedas de oro, trozos grandes de galleta, terrones de azúcar, fotografías de doña Arcadia del Juncal y los cubiertos de plata. Salieron corriendo para regresar una hora más tarde.

Dos días más tarde tuvimos la noticia de que el pianista don Joaquín Barriga del Trueno iba a festejar su cumpleaños ochenta y el Premio Mundial de Violín Arcangelo Corelli.

—Bueno, ¿pero quién entiende el mundo...? —Me manifestó molesto Gord Bocado.

—Y ahora, ¿qué te molesta?

—Don Joaquín Barriga del Trueno, ¿ahora resulta que es violinista?

—Qué te importa..., y si doña Agustina del Juncal ahora es el Hada Madrina de los sin dientes, ¿te piensas enojar conmigo?

Fuimos invitados como ratones bailarines a la gran fiesta del reconocido pianista y violinista. El que estaba como para mandarlo en un plato con sardinas podridas era el don cara de marchito. El ratón Apio Huérfano, quien sin duda andaba enamorando a mi madre Margarita, con razón, y al saber de esas intenciones de galán de ratonera, mi tía Agustina quería borrarlo de su vista y dejaba escapar sus pedos de manera estruendosa. Desde esos días no salimos de la sala, donde estudia música el viejo maestro.

Ahora comemos en la misma mesa y nos ha prometido hacer una composición en honor a la fallecida propietaria de la desaparecida fábrica de milhojas y bizcochuelos. La gata Zarina viene pocas veces a visitarnos y, según cuenta el mismo Apio Huérfano, no le va muy bien con la tienda de telescopios que instaló a una cuadra de nuestra mansión.









Capítulo 11

La gata Zarina nos convertirá en albóndigas

LA REALIDAD es que la gata Zarina siempre nos tuvo en su mira, y cuando decidió venirse con mi madre Margarita y mi tía Agustina hizo las ceremonias de la paz con ellas y trajo a sus gatos, pero debo advertir que no fue un acto de generosidad de ella. Zarina debe reconocer que es una envidiosa de primera calidad. Ella escuchó todos los cuentos de que mi tía Agustina nos traería a la casa de la repostera Arcadia del Juncal, para vivir como emperadores. Zarina estaba interesada en tener una escoba de bruja, como la que le concedió doña Arcadia del Juncal a mi tía Agustina.

Zarina se hizo la tonta engreída, y sabía que si nuestro viaje fracasaba, y a la redonda no había leche para sus gatos, ni un filete de carne de vaca vieja, pues nos tendría cerca de su hocico, para convertirnos en albóndigas, sin ser pasadas por mantequilla ni pimentón. Mi tía Agustina nunca estuvo de acuerdo con la generosidad de mi madre, Margarita, al haber invitado a la gata Zarina en el viaje en tren, que duraba tantos días.

—Es una gata que nunca nos ha perseguido... —aseguró Margarita.

—Es una gata que, más temprano que nunca, les hará pasar el susto más grande de sus vidas.

—Exageras, exageras...

—La he visto con mis propios ojos persiguiendo ratones, en tejados donde vivíamos antes.

—Tiempo pasado.

—No te confíes nunca de la gata Zarina, es tan presumida como una gallina flaca en un programa de mises en televisión, me da risa tanta coquetería.

—La ratona Agustina es ahora que viene con esos cuentos contra la gata Zarina. Después del sepelio de doña Arcadia del Juncal, ni siquiera los veinticuatro gatos de Zarina han venido a visitarnos.

—Es una desagradecida...

—¿Qué es lo que más te molesta de la gata Zarina?

—Mi décimoquinto sentido de sobrevivencia me dice que nuestras vidas dependen de los jugos gástricos de la morroña.

—Yo tengo también mis sentidos muy bien alineados con los planetas, las chuletas de cochino frito y los cincuenta mil signos zodiacales...

—¿Piensas adivinar mis pensamientos?

—Estás molesta, mi querida hermana Agustina, porque el ratón Apio Huérfano va todas las noches a visitar la Tienda de los Telescopios de la gata Zarina.

—Podría ser, podría ser...

—Estás celosa...

—Podría ser, podría ser...

—Flac Cuevas y Gord Bocadillo han dicho, por lo contrario, que el ratón cara de difunto con hambre, Apio Huérfano, estaba enamorado de mí, y ahora resulta que eres tú la enamorada de él.

Pasaron los días, la antigua casa donde estuvo la muy trabajadora fabricante de galletas, bizcochuelos, milhojas y fantasías de fresas con leche dorada con rosas amarillas, fue tumbada por unas máquinas. Nuestra vida ahora estaba en casa de don

Joaquín Barriga del Trueno y doña Nieves Boca de Monte, quienes todas las mañanas iniciaban su trabajo de composición musical y debíamos acompañarlos, para que no se sintieran solos.

La Tienda de los Telescopios se fue a la quiebra. Zarina y sus gatos no son buenos comerciantes, solo saben el oficio de cazar ratones. Han anunciado la fundación de una agencia, con servicios a domicilio, donde aseguran cobija, techo seguro, alimentación y, en un año, limpiar mansiones de roedores destructores vagabundos.

—Todo eso lo dice el aviso que pagaron en el periódico.

—Ella nos regalará los telescopios, para que podamos entretener y hacer felices las vidas de don Joaquín y doña Nieves.

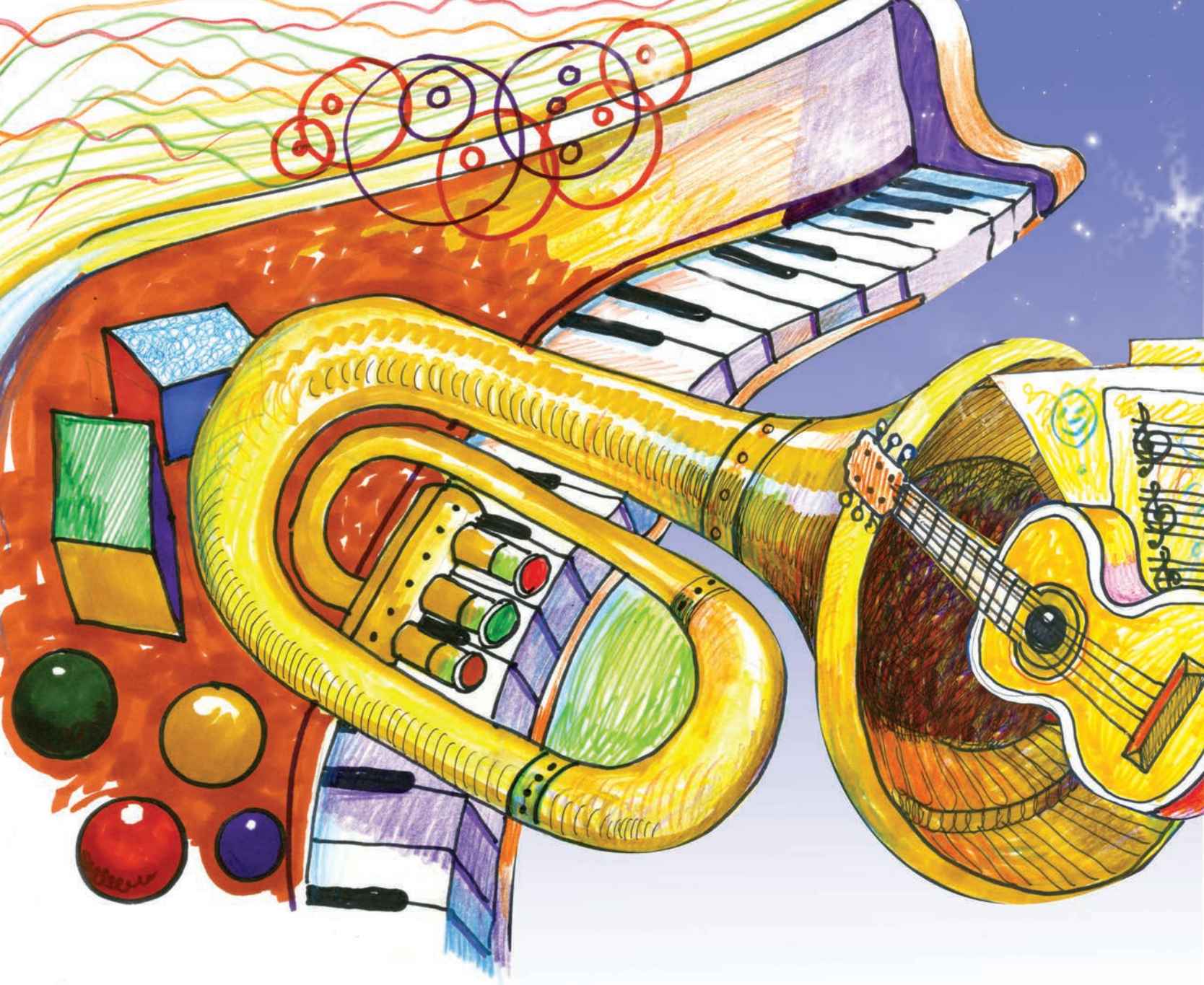
—No creas en tanta generosidad.

A la medianoche, cuando don Joaquín Barriga del Trueno estaba roncando como un rinoceronte que se ha comido unos mil caimanes, llegó la gata Zarina para informarnos que se iría a vivir en otra ciudad, donde fundaría una empresa para cazar y eliminar ratones.

—Les traigo un telescopio para cada uno de ustedes y para don Joaquín y doña Nieves, y estos filetes de sardina con cebolla y picante.

Tres días más tarde, mi tía Agustina, que tanta ojeriza manifestaba contra la gata Zarina, le regaló una de sus escobas de bruja, para que se fuera segura y feliz con sus gatitos. Es la despedida más sentida, la más triste que hayamos vivido. Joaquín Barriga del Trueno ofreció una cena de despedida, para el recuerdo. Lloramos y subimos al tejado, para ver a Zarina cuando surcara el cielo en verano y animarla. Zarina, Margarita y Agustina se abrazaron con tanta generosidad que alrededor de ellas cayeron estrellas y relumbraba el cielo, como en una película de fantasía.

Mi tía Agustina, en dos oportunidades, disfrazada de gata vendedora de libros antiguos, fue a visitar a Zarina. Mi madre Margarita todos los meses le escribía cartas. De aquel encuentro, don Joaquín Barriga del Trueno escribió una balada, que interpretan los ancianos que van a pintar con acuarelas en la Plaza Candelaria.





Capítulo 12

Alas grandes para los ratones

EL VIEJO Joaquín Barriga del Trueno también se murió, y debió ser de la alegría, luego de algunas semanas de haber recibido el Premio Mundial de Violín Arcangelo Corelli. Doña Nieves Boca de Monte no sabe que su marido está allí sobre ese cajón de madera, porque ya, de muchos siglos en su memoria y antes de que la invitaran a un viaje montada en una escoba, por aquello de que le tiene miedo a las alturas, la abuelita decidió convertirse en niña distraída.

Se cuenta, eso no lo sabemos los ratones, que don Joaquín no se ha muerto. Se quedó dormido para siempre. Y que cuando le traigan flores a su alrededor, y coloquen



unas piedras a la entrada de su majestuosa casa de antigüedades, él se piensa convertir en ratón o gato, según su preferencia en los juegos de cuando era un niño.

Zarina se ha hecho la gata más millonaria en ciudad Marfil de los Elefantes, donde es la dueña de un observatorio espacial. Y ha hecho desaparecer a todos los ratones de casas, bibliotecas, cocinas, depósitos de alimentos, buques y otras dependencias domésticas, oficiales, privadas, militares, religiosas y monetarias.

—¿Debemos admirar a Zarina porque acabó con los ratones en Marfil de los Elefantes? —preguntó de entrometido el cara pálida de Apio Huérfano a los hermanos ratones Gord Bocadillo y Flac Cuevas.

—Es verdad, eso no puede ser celebrado nunca...

—Estoy de acuerdo, y ahora recuerdo que mi tía Agustina nunca la quiso, ni siquiera un día, salvo en ocasiones especiales.

Mi madre, Margarita, que siempre lo escucha todo, adivina o inventa sus historias particulares, nos llamó la atención porque hablábamos mal de la gata Zarina.

—Zarina nunca se ha comido un ratón...

—Lo dices para que no le tengamos miedo...

—Escucha primero y luego me das tus argumentos...

—Zarina se hizo millonaria torturando y lanzando misiles y piedras contra los ratones..., es muy astuta..., colocó venenos, vidrios peligrosos y trampas eléctricas a nuestros hermanos...

Apio Huérfano, Gord Bocadillo y Flac Cuevas nunca se habían puesto de acuerdo, ni siquiera en la manera de limpiar sus largas colas con sus lenguas, pero en estos argumentos, son una misma voz.

—Zarina tiene poderes mágicos y le dio alas grandes a los ratones...

—¿Quién dice tantas mentiras? —refutó Apio Huérfano.

—Los murciélagos de ciudad Marfil de los Elefantes, al otro lado del lago, tienen trajes fosforescentes y se han entrenado para guiar a los aviones en vuelos nocturnos..., ofrecen espectáculos de acrobacia en las plazas, saben transportar camiones cargados de oro a mayor velocidad aérea y si ningún riesgo...

—Esa película no la he visto en el cine —dice a manera de burla el gato Flac Cuevas.

—Nunca he tenido esos sueños fantásticos —agrega el ratón Gord Bocadillo.

Mi tía Agustina ha estado muy triste, desde que el querido abuelo Joaquín Barriga del Trueno no volvió a levantarse a ejecutar ni el violín ni el clavecín.



NMO::



Capítulo 13

El último concierto

EL SÁBADO por la tarde, don Joaquín ofreció el último concierto. Se cuenta que la gata Zarina vendrá a adquirir sus pertenencias, para crear un museo en honor al genial y querido compositor e intérprete.

—La gata tiene poderes mágicos y se llevará a la que ahora es niña, doña Nieves Boca de Monte, para que le enseñe las letras del silabario a los abuelitos, que han perdido el encanto por los días y quieren volver a aprender canciones.

—Me gusta esa historia.

—No es una historia, es una realidad de hoy...

Zarina vendrá por nosotros, solo que seremos los únicos ratones autorizados en ciudad Marfil de los Elefantes.



La noche de su último concierto, don Joaquín Barriga del Trueno ejecutó una balada que compuso con motivo de la despedida de la querida gata Zarina.

—Zarina es una gata agradecida con don Joaquín, pero con nosotros ni siquiera unas monedas de queso añejo.

—No digas palabras sin sentido...

—Zarina nos regaló algo más útil que un trozo de queso, como es la amistad.

Esa noche del concierto, Joaquín ejecutaba el violín o el clavecín, de acuerdo al repertorio. Cuando ejecutaba el violín, se transformaba en gato y aparecía en escena Zarina como bailarina. Y, al momento de dar sonidos al clavecín, se transformaba en ratón y quien danzaba sobre las tablas era la abuela Nieves Boca de Monte, que también se transformaba en ratona rodeada de esmeraldas, serpentinas y escarcha, de esas que obsequian las hadas cuando andan de buena gana.

—Es posible que Joaquín ahora sea un ratón como nosotros y debemos salir a su encuentro.

—Yo también pienso lo mismo.

La casona llena de objetos antiguos y mágicos de Joaquín y Nieves fue adquirida por los payasos acróbatas, magos y trapevistas, para fundar el Museo Joaquín.

Terminó el concierto, la última balada, y llovió intensamente. La lluvia hizo que los

techos se agitaran con el viento. Las ventanas cerradas mostraban vidrios mojados, y atrás luces que descubrían la silueta de los hombres y mujeres de mayor edad.

Es que todos los ancianos lloraban el último adiós de don Joaquín. Margarita y Agustina se metieron dentro del violín y allí viviremos para siempre. Zarina y sus gatos han dispuesto del camión más antiguo, para que se pueda hacer el reparto y llenar las calles con espléndidos pétalos de rosas.

Dos luceritos vivarachos alumbran el cielo, luego que los ancianos dejaron de llorar.

Amaneció y una luz de soles, entre verde y naranja, pasea por la plaza, donde Joaquín, Nieves y nosotros los ratones íbamos a comprar nubes azucaradas.

Han sonado las campanas con urgencia. Todos los ratones han salido a la calle, los gatos y los perros están alarmados, porque no se sabe del paradero de la niña Nieves, quien no tiene poderes mágicos todavía.

—Zarina le regaló una varita mágica, y ella quiso convertirse en paloma mensajera para traer cartas de amor de Joaquín.

—Mamá..., tengo muchas ganas de llorar...

—No llores, vamos a dormir que les contaré las historias más hermosas de nuestra familia ratonaria en las vecindades de doña Arcadia del Juncal, Nieves Boca de Monte y el compositor Joaquín Barriga del Trueno.

—Yo no quiero poderes mágicos, solo deseo escuchar la música de Joaquín.

—Yo quiero los pasteles dulces de Arcadia...

—Yo también me he puesto de una tristeza muy grande...

Mamá ratona Margarita siempre estaba alegre cuando nos contaba historias de nuestra primera madriguera. No pudo dejar de llorar cuando hablaba de Arcadia del Juncal, quien nos ofreció los dominios de su fábrica de bizcochuelos, que era como haber descubierto todos los tesoros que una familia de ratones se merece.

—Es verdad..., Joaquín nos trae recuerdos maravillosos...

Margarita dijo que iba a buscar queso en alguna alacena mal cerrada de la vecindad pero, en verdad, solo iba a permitir que las estrellas la vieran llorar.

La ratona Margarita regresó y buscó el libro donde lleva su diario de vida y escribió a media luz.

Martes 1 de agosto

Nuestras vidas han sido un maravilloso viaje..., ahora que hemos perdido a una fantástica pastelera y a un genial músico, también a una bondadosa señora del amor como Nieves Boca de Monte..., nos vamos a dedicar a estudiar en la Universidad Ratón Pérez, para aprender a cuidar los dientes de leche de todos los niños y niñas del mundo.

No nos iremos de esta ciudad Santa Inés de los Claveles, donde el amor nace como flores salvajes a la orilla del camino, con libertad y ternura.

Mi hermana Agustina y yo viviremos con mis hijos Gord Bocado y Flac Cuevas en el corazón del violín, del consagrado compositor don Joaquín Barriga del Trueno, quien ya había decidido, en su testamento, que su corazón fuera convertido en una taza de barro, para que estuviera siempre lleno de escarcha y caramelos.

Miércoles 2 de agosto

Hoy he sentido, de manera definitiva, que el amor también dejó de existir. La puerta del castillo, donde escuché las grandes melodías acompañadas con el sonido del clavecín, cerró las puertas, se quemaron las banderas, ahuyentaron a los perros y fantasmas, y los vidrios fueron rotos, tal vez por alguna temporada de granizo, que insistió en apagar sueños de la vida y del cariño...

La ratona Margarita cerró su libro de vida. Se asomó al ventanal y vio la llegada de unas cien palomas blancas. La ratona Agustina arreglaba maletas, porque anunciaba que se iría de viaje para doctorarse en viajes siderales en escobas, una profesión que aún no se ha puesto de moda y que se puede realizar en esta misma ciudad. Pues, tal es el caso que la gata Zarina es una adelantada y pionera en esas ciencias siderales. De ahí su amor por los viajes en escobas.

Índice

Un viaje de gatos y ratones para ser más humanos	11
Capítulo 1. A qué ha venido tía Agustina	15
Capítulo 2. Agustina se fue montada en una escoba	19
Capítulo 3. El diario de Margarita	25
Capítulo 4. Flac Cuevas y Gord Bocadillo tienen miedo	29
Capítulo 5. El encantamiento de Grass y Margarita	35
Capítulo 6. Emilia da órdenes a un verdugo	39
Capítulo 7. Después de la medianoche	45
Capítulo 8. Las páginas secretas de Margarita	51
Capítulo 9. Siete largas noches en tren	59
Capítulo 10. En casa de don Joaquín Barriga del Trueno	67
Capítulo 11. La gata Zarina nos convertirá en albóndigas	75
Capítulo 12. Alas grandes para los ratones	81
Capítulo 13. El último concierto	85

EDICIÓN DIGITAL
JUNIO 2017
CARACAS - VENEZUELA



Siete largas noches en tren

Una familia de ratones, que vive en una modesta madriguera, ha decidido dar cierto giro a su vida. De pronto, la vida cambia maravillosamente. La tía ratona Agustina descubre la fábrica de dulces de doña Arcadia del Juncal. Allí irán a vivir todos. Hasta el gato... o, mejor dicho, hasta la gata Zarina se irá con sus gatitos. Ratones y gatos emprenderán ese viaje en donde se encontrarán con un hermoso tesoro del cual no podrán desprenderse. Junto al gran músico don Joaquín Barriga de Trueno, ratones y gatos harán de las suyas entre acordes y galletas. Así, esta fascinante historia se nos irá como chocolate tibio entre los dedos.

Hugo Colmenares (Táchira, 1950)

Periodista, poeta y escritor. Egresado de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela. Periodista durante veinte años en el diario *El Nacional*, donde mereció el premio Enrique Otero Vizcarrondo. Su novela breve *Los miedos de tía Altagracia* recibió el premio Bienal de Literatura Infantil y Juvenil de Cofae, Contraloría General de la República.

Néstor Melani (Táchira, 1954)

Escultor, ilustrador, pintor, retratista y vitralista. Ha participado en más de cien exposiciones colectivas e individuales. Realizó estudios en la Escola d' Arts i Oficis Llotja, Barcelona-España. Importantes instituciones culturales y galerías de América y Europa exponen sus telas al óleo. En 2012 se le confiere el doctorado honoris causa de la Universidad Nacional Experimental de las Artes (Unearte), por su trayectoria como artista plástico.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

